

incorporado recientemente en el regimiento de dragones de la Emperatriz, y que no le ha sido entregado todavía su uniforme de ordenanza!

—¡Como si esto no se supiera! El lancero Griespach será sujeto á un consejo de guerra!

Y el brigadier, gefe del Estado Mayor general, se dirige al general de division, comandante en gefe de la guardia:

—Mi querido general, puede V. decir al Emperador que aquel lancero se halla incorporado desde hace poco á los dragones, y que todavía no ha recibido el uniforme reglamentario.

—Ya, ya! Creo, amigo mio, que no sospechará V. decirme cosa que ignore. Eso salta á la vista!

—Y qué hacemos del lancero Griespach?

—Que se le incorpore á una compañía de correccion.

Y el general de division comandante en gefe de caballería de la guardia, se dirige, á su vez, al general comandante en gefe de la guardia imperial, y le dice:

—Amigo general, el lancero...

—¿Qué lancero?

—El que chocó al Emperador hace una hora, desagradándole tanto; el lancero Griespach.

—¿Y qué?

—Parece que acaba de incorporarse recientemente al regimiento de dragones de la Emperatriz, y que no ha recibido todavía sus efectos de ordenanza.

—Ya hace tiempo que yo sabia eso. Que se le degrade!

Y el general, se acerca al galope al capitan general ministro de la Guerra.

—Mi querido general, acabo de saber que el lancero...

—¿De qué lancero me habla V.?

—Del lancero Griespach.

—¡Que se le fusile!

—Parece que no ha recibido todavía sus efectos de ordenanza...

—S. M. se ocupa en este momento de la distribucion de grados y recompensas; no sé si atreverme á distraerle...

—Hablando á S. M. del lancero Griespach no hace V. otra cosa mas que obedecer sus órdenes.

—Verdad es.

El ministro se dirige al lado del Emperador.

—Señor...!

—¿Qué quiere V.?

—Hablar á V. M. del lancero Griespach!

—Está bien. ¿Que se le dé una cruz!

Desde entonces solamente, el lancero Griespach, lleva en su pecho la estrella de los valientes, que siempre habia merecido por su valor.

Tal es la leyenda del lancero Griespach.

### El dia de la Embellecedora (1).

El conde Oh-tempora-oh-mores, se halla á la puerta del gabinete de su esposa, deseando entrar en él.

Pero inútilmente da vueltas al pomo del picaporte.

—¡No se puede entrar! le grita una voz.

—¡No se puede entrar! ¡No se puede entrar! Pardiez! De sobra estoy viendo que no se puede entrar, replica el conde con terrible mal humor ¿Por qué no se puede entrar? Siempre tenemos la misma historia, desde hace algun tiempo!

—Mas tarde nos veremos.

—Pero si soy solo yo!

—Vuelve dentro de una hora.

(1) *Maseuse* en el original. Pero como quiera que este es un oficio desconocido en España y que consiste en apretar, estrujar y pulir las formas de una mujer para que adquieran mayor redondez y hermosura, hemos creido prudente traducirlo de ese modo.



— ¡Cómo! ¡Dentro de una hora!  
— No estoy sola.  
— ¿Estás con alguien que te impida abrirme?  
— Puesto que te empeñas en que lo diga, estoy en camisa!  
— ¡En camisa! Y no estás sola!... ¡Y yo no puedo entrar...!  
¡Cáscaras!

— Vaya, adios; Estás haciéndome constipar.

No obteniendo otra respuesta, el conde despues de haber permanecido inmóvil un instante, se encoge de hombros, dá media vuelta á la derecha y se aleja gruñendo entre dientes.

Ya en la antesala, se encuentra con su suegra la generala Brooklyn.

A propósito: se nos ha olvidado advertir que la condesa Oh-tempora-oh-mores es americana.

Su padre, el general Brooklyn sudista acérrimo, fue muerto en Baston-Rojo; su madre, criolla endiablada, se retiró á Francia, donde se halla devorando los restos de una fortuna legendaria.

— Hola conde; ¿de dónde vienes con esa cara del otro mundo? Por poco me derribas al tropezar conmigo. ¿Estás loco?

— ¿Yo, loco? Su hija de V. es la loca.

— ¡Mi hija... loca! ¿Quién ha dicho eso?

— Vaya V. á su gabinete, y verá V. qué recibimiento obtiene.

La generala se precipita sobre la puerta del gabinete de su hija.

Da vuelta, inútilmente, como el conde, al pomo del picaporte, y por fin golpeando con la palma de la mano exclama:

— Abreme Doly: tengo que hablarte inmediatamente.

— Imposible, mamá responde la voz de la condesa.

— ¿Imposible dices?

— Sí.

— Pero, por qué?

— No lo puedo decir.

— Mas, yo....

— Vuelva V. dentro de una hora!

— ¡Cómo! No solamente no me abres, sino que me despides?

— No; no la despido á V.

— Me parece....

— Pero estoy ocupadísima. Pasaré al cuarto de V. antes de comer. Estoy...

— ¿Con quién?

— Con mi embellecedora!

— Ah!

— ¿Comprende V.?

— Te digo que me abras, Doly; ¿Oyes lo que te digo?

La generala vuelve á dar dos ó tres golpes sobre la puerta, sin obtener ya respuesta alguna.

Así como el conde habia dado media vuelta á la derecha, la generala dá media vuelta á la izquierda y se aleja dominada por un espantoso mal humor.

Al salir, encuentra al pié de la escalera á su hija mayor Betsabé Royle.

Mis Royle es conocida de todo París. No sucede lo mismo con su marido, que nadie sabe dónde vive.

Betsabé tiene veinticuatro años los ojos negros, la tez mate.

Desde su cabeza hasta su cintura, rueda un Niágara de cabellos rubios.

Precede á las modas en la longitud de toda una estacion y las abandona siempre con precisa oportunidad.

— ¿Dónde vas, Betsabé?

— A ver á mi hermana.

— Es inútil!

— ¡Cómo inútil!

— Tu hermana está encerrada.

— ¡Encerrada!

— Acaba de negarse á abrirme la puerta de su gabinete.



- ¿Está enferma?  
—¡Ojalá!  
—Mamá! ¿Cómo es que dices eso?  
—Lo he dicho, porque casi era preferible á la locura en que se ha metido.  
—¿Locura?  
—Si un capricho de gran tono!  
—Pero ¿de qué estás hablando?  
—Tu hermana Doly se halla encerrada en su gabinete con...  
¡Adivina con quien!  
—Prefiero no calentarme la cabeza si ha de ser tan difícil acertarlo.  
—Pero, inténtalo, al menos.  
—Pues bien está encerrada con... su marido.  
—No.  
—¿No?  
—Te digo que no.  
—Vaya, pues dímelo de una vez.  
—Tu hermana Doly, mi hija, se halla en este momento encerrada con su embellecedora.  
—¿Y bien, y qué?  
—¿Cómo y qué! ¿Tú lo apruebas? ¿Qué necesidad tiene tu hermana de hacerse amasar como un trozo de harina mojada?  
—Pero...  
—Además ¿es inconveniente siquiera encerrarse de ese modo con una cualquiera?  
—Por Dios, por Dios mamá; ¿cómo es que hablas tan de ligero?  
—Uf! Qué horror!  
—Horror, ¿de qué?  
—Yo no podría soportar esa operacion!  
—¿Lo crees así? Dejarse manipular de ese modo!  
—Pero no consideras que esa operacion tiene por objeto

- hacer circular la sangre con mas viveza, estirar los músculos, hacer pasar los dolores y desligar las articulaciones?  
—¡Bueno, bueno!  
—Te digo que has de acostumbrarte á ello!  
—¿Yo? ¡Nunca!  
—Ni siquiera para darme gusto?  
—¡Nunca!  
—Para robustecer la salud?  
—¡Te digo que nunca!  
—Al menos, ¿para hacer rabiarse á tu yerno?  
—¿Eh?  
—Puesto que á él no le gusta.....  
—Mira, hablemos de eso! ¿quién sabe! ¡Puede que sí!

---

Seguidme, oh lectores, hasta el otro lado de la puerta, de esa puerta tan herméticamente cerrada. De fijo que no os dolerá haber penetrado en el voluptuoso gabinete, adornado de terciopelo Bismarck y cortinajes de satin violeta.

No describimos. Seria peligroso.

Trascribimos únicamente el diálogo sostenido entre la condesa y su embellecedora, ó *amasadora*.

*La condesa.*—Ya lo ve V., ya lo ve V., señora Gringoire; cuanta energía hay que desplegar, para cuidar de mi salud.

*La embellecedora.*—Pero esto tendrá su recompensa.

—Nadie, en casa, me cree enferma.

—Hacen mal.

—¿No es verdad? V. no tiene interés ninguno en asustarme; V. no me conocia, cuando nos encontramos en casa de la duquesa, y sin embargo, adivinó V. en seguida mi estado.

—Es preciso estar ciega para no verlo.



—Dígame V.: ¿dónde tengo el mal? Todavía no se ha servido V. decírmelo.

—Si la señora condesa quisiera desnudarse....

—Me parece que...

—Ah! La señora condesa tiene los hombros mas hermosos del mundo. Solo conozco los de M.<sup>a</sup> Frenière que puedan compararse á estos.

—Y aun aquellos no se hallan en perfecto nivel!

—Sí, el izquierdo es un poco mas bajo; pero el brazo ¡oh, el brazo! ¿No es verdad, Luisa? dice la embellecedora dirigiéndose á su ayudanta.

La condesa descubre su brazo.

—El brazo de la señora condesa, está mucho mejor modelado, añade Luisa.

—En efecto, es magnífico!

—Y este hoyuelo ¿no es delicioso?

—Ah! hasta el punto de que hay que arrodillarse ante él.

—¿Embellesce V. á Miss Tipsay?

—Ya lo creo! Buena falta le hace.

—¿Cómo es eso?

—Es seca, negra, marchita y vieja!

—¡Parece imposible!

—Ah! No todo son delicias en nuestra profesion.

—¿De veras?

—Y además, que yo tengo mi amor propio como otra cualquiera.

—Y consiste?

—Consiste en que no trabajo con gusto, sino en lo fresco, en lo jóven!

—Pero veo, que habla V. muy mal de sus parroquianas.

—A nadie mas que á V. señora condesa, contaria yo estas cosas!

—Sea enhorabuena.

—Vaya, vamos á comenzar, si V. lo permite!

—Lo deseo.

—Así me gusta. ¿Luisa?

—¿Mande V.?

—Ayude V. á desnudar á la señora condesa.

—¡Cómo! ¿Quiere V. que me desnude... del todo?

—¡Completamente del todo!

—Pero...

—No hay otro remedio, si hemos de hacer alguna cosa de provecho.

—Si supiera V. cuanto me desagrada...

—Vamos, esas son niñerías, se lo aseguro á V...

—Bien, sí; mas yo...

—La mitad de los pobladores del globo terráqueo, no lleva vestido alguno, y ninguno de ellos se ha quejado nunca, que yo sepa.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Ese es un rubor mal comprendido...

—Al menos, me asegura V. que lo que va á hacer conmigo, me hará mucho bien?

—Muchísimo.

—¿De veras?

—Lo juro.

—Entonces comencemos.

La condesa se halla en su alcoba, completamente sepultada entre muselina y encajes.

A su lado se halla Luisa.

Cerca de ella en un brasero corqueton, arde una lamparilla perfumada.

En un recipiente de plata, bulle una sustancia aromática. Un conducto elástico que dirige Luisa, da paso á un ligero vapor que un resorte activa ó modera.



Luisa pasea gravemente este conducto sobre el cuerpo de la paciente.

La condesa se halla anhelante.

M.<sup>a</sup> Gringoire se quita las sortijas que ocultaban la mitad de sus dedos.

Dóblase las mangas y descubre dos brazos, redondos, firmes y blancos, limitados al norte por hombros deliciosos y al sur por manos artísticamente conservadas.

Estas manos son sus herramientas.

M.<sup>a</sup> Gringoire no tiene cuarenta años, no, sino treinta y nueve.

Esta es la edad, por lo general, de las mujeres que tienen mas de treinta y ocho años.

Para mas informes sobre esta mujer, dirigirse á un empleado de la Prefectura de policía, que no habla de M.<sup>a</sup> Gringoire sino en unos términos en que el entusiasmo solo cede á la pasión.

Apenas pone M.<sup>a</sup> Guingoire *sus manos en la masa*, de risueña, conviértese en grave, casi solemne.

Oficia.

*La Condesa.*—Prevengo á V. que tengo muchas cosquillas.

M.<sup>a</sup> Gringoire.—De fijo que no tiene V. tantas como la baronesa de Feucontenu, y sin embargo, todo sale bien.

Luisa.—Suplico á V. que se vuelva hácia este lado. Así!

M.<sup>a</sup> Gringoire.—Colóquese V. á su gusto. Cuando se es tan admirablemente formada como V., no se debe tener temor alguno.

—Es que esto me hace un efecto...

—Siempre sucede lo mismo, la primera vez.

—Cuando vaya V. á hacerme daño, prevéngamelo V. antes.

—Tranquílcese V. por Dios. ¿Por qué tiembla V. de ese modo?

—No me puedo contener.

—Luisa, modere V. el vapor.

—¿Embellece V. tambien á la princesa Wladlagretz, ¿no es verdad?

—Todas las mañanas, por mis pecados.

—¿Qué dice V.!

—La princesa no es una mujer!

—¿Cómo? ¿Cómo?

—Es un globo! Hay donde perderse en ella. Se cree uno en el Oriente, cuando se halla en el Occidente. Tres veces me ha ocurrido tomar sus brazos por sus piernas, y así en todo lo demás. Es una mujer en quien hay que poner etiquetas para reconocer sus formas.

—¿Cuántas cosas habrá V. visto!

—Efectivamente, vemos de todos colores.

—Ya lo creo!

—Si una conservara ilusiones habria que abandonar la profesión. ¿Tiene V. frio?

—Escalofrios.

—Active V. el fuego, Luisa. Ahora está bien. La señora condesa debe asistir á muchas reuniones?

—Sí, á muchas. Pero ¿por qué me pregunta V. eso? ¿Se nota en mí?

—Al contrario. Hasta parece imposible comprender, como ha podido V., llevando la vida agitada que lleva, conservarse como una niña, lo mismo que una niña!

—¿A qué llama V. una vida agitada?

—A una vida de emociones, de placeres de toda clase.

—No la comprendo á V.

—Quiero decir que por fuerte y hábil que sea una mujer, siempre tiene momentos difíciles que vencer, horas que pasar y que valen por meses, y en revancha, segundos que rejuvenecen por completo. Estas alternativas son tan fatales como deliciosas.



—Está V. hablando en enigmas, M.<sup>a</sup> Gringoire; sírvase V. explicarse con mayor claridad.

—Pues es muy sencillo lo que digo: una mujer tan jóven, tan bella, como lo es V.; debe ser...

—Oh, ahí no, ahí no... me está V. haciendo terribles cosquillas!

—Debe ser adorada, perseguida, solicitada; y á propósito, debo decirle á V., tomándome una libertad, que tanto Luisa como yo, somos la discrecion misma, y que si podemos prestar á V. algun servicio nos tendremos por muy felices.

—Todo lo haríamos, con tal de complacer á la señora condesa, absolutamente todo!

—¿Complacerme? ¿En qué sentido? ¿Acaso no es única ocupacion de Vds. la que hoy las ha traído á mi casa?

—La vida es tan cara, que si no se hiciera un poco de todo, no podria una materialmente comer.

—Entonces ¿es decir que comercian Vds. en algo?

—¡Comerciar, precisamente...no!

—Cultivan Vds. algun arte?

—Tampoco.

—Curiosa estoy ya. Tal vez se encargan Vds. de comisiones...?

—En efecto, ese es uno de los ramos.....

—Del árbol del mal, ya lo sé.

—Finalmente, señora condesa ¿para qué andarnos por las ramas? Cuando se tienen buenas intenciones, lo mejor es, á mi modo de ver, explicarse con claridad.

—Esplíquese V., esplíquese V.

—Yo puedo servir á V. de cien maneras diferentes.....

—Muchas son.

—Es preciso que las mujeres se ayuden entre sí.....

—Naturalmente.

—La vida es tan difícil...

—Mucho.

—La sociedad tan cosquillosa...

—En extremo.

—Yo conozco mil recursos...

—¿Sí?

—A mí nada me admira, nada me desanima, nada me espanta, ni me ha espantado nunca!

—¡Bravo!

—Se me pueden confiar las misiones mas difíciles, sin el menor cuidado.

—Si, eh?

—Nunca se me ha cogido desprovista.

—Pues por lo que voy viendo, es una gran fortuna haber conocido á V.!

—Cuando V., me haya contado sus lances, sus historietas, señora condesa, entonces...

—Basta. No sigamos adelante, M.<sup>a</sup> Gringoire.

—¿Como?

—Me siento muchísimo mejor!...

—¿Sí?

—Y por lo tanto creo inútil que vuelva V. á poner los piés en esta casa!

—Sin embargo...

—¡No hay sin embargo que valga!

—Pero, señora condesa...

—Con esta sola sesion me ha curado V. radicalmente!

—Señora!...

—Me ha curado V. de la manía de las embellecedoras! ¡Tal como lo está V. oyendo!

—Sin duda, la señora condesa no me ha comprendido bien, ó yo me he explicado mal...

—Tome V. estos dos luses y salga V. de mi casa.

—Está V. en un error, señora condesa. ¡Dos luses por una curacion tan sorprendente!



- ¿Eh?
- No está bien pagado.
- Pues qué pide V.?
- ¡Curar en una sola sesión! Esto se ve muy pocas veces y merece mucho más que dos luises.
- Tome V. cinco.
- Cinco ya es otra cosa...
- Váyase V. y olvide el camino de mi casa.
- El olvido se paga aparte, señora condesa.
- ¿Qué quiere V. decir?
- Que yo no olvidaré fácilmente las preciosas, las esquisitas formas....
- Ahí tiene V. cinco luises más. ¿Está V. satisfecha?
- Tanto como se puede estarlo, perdiendo una parroquiana como V., señora condesa. En fin, quién sabe lo que puede suceder. Nadie ha de decir: «¡De este agua no beberé!» Los días pasan sin parecerse unos á otros. Dejaré á V. algunas tarjetas mías. Si no son para V., puede V. repartirlas entre sus amigas. Parece imposible que en la sociedad que V. frecuenta, no haya...
- ¡Insolente!
- Servidora de V., señora condesa!

### La mujer-reclamo.

- Sígueme, pollo.
- Mejor dicho, sigue á Carolina, la fiel doncella de M.<sup>a</sup> Lucia, Hortensia de La Matte.
- El gabinete en que penetramos es sombrío.
- Una lamparilla de noche agoniza delante de un reloj que señala las once.
- Apenas un ligero hilo de sol filtrase á través de los cortinajes cuidadosamente corridos, hilo de sol, sin embargo, que for-

ma un óvalo luminoso sobre el satin gris de China que tapiza la pared.

Carolina aparta las colgaduras, y la luz del día invade el gabinete en el cual, oh pollo, hago que te introduzcan.

Podemos hacer su inventario.

Es un dormitorio á la inglesa—bien claro lo indicaba la lamparilla—un dormitorio precioso, microscópico, algodónado, perfumado... un nido de mujer, en fin.

Las paredes, el techo, todo se halla forrado de satin gris de China, con botones dorados.

Una silla mecedora, dos sillones, un velador de mosaico de Florencia y una mesa-tocador, atestada de preciosidades de marfil, de plata y de cristal, este es todo el inventario. ¡Ah! Me olvidaba: la chimenea es de ónix argelino; sus aditamentos desde el reloj hasta el fuelle, son de puro estilo Luis XVI. Sobre dicha chimenea se ve, en bello desorden esparcido, alhajas, guantes, un abanico y algunas flores que mueren, á pesar suyo, vueltas hácia el lecho.

El lecho... lo he guardado para postre. Cortinajes de punto de Inglaterra le cubren casi por completo. Las sábanas de batista se hallan guarnecidas de riquísimos volantes encañonados y están marcados en un ángulo con una cifra blasonada.

Así que Carolina entra en el gabinete, un hociquillo mostachudo, barbudo, una húmeda nariz, unos ojos brillantes, una cabecita en fin, de color de sal revuelta con pimienta, sale de debajo de las sábanas enderezando sus orejas.

Diciendo como final que la alfombra que cubre el suelo del cuarto es de Smirna, solo me queda por describir á la que habita aquel gynecéo. Así como sus larguísimos cabellos de un rubio ardiente, habrían encantado al Ticio; así como su tez de blanco y rosa, sus rojos labios, sus grandes ojos azules, circundados de negro, habrían maravillado á Greuze, sus brazos, su seno, sus caderas habrían entusiasmado á Rubens.